

Manuel Zapata Olivella, las obsesiones del vagabundo

David Lara Ramos¹

Cuando músicos y cantadoras del Caribe y el Pacífico colombiano comenzaron a recorrer el mundo, guiados por Delia y Manuel Zapata Olivella, se quejaban del mal comer, el mar dormir y los extenuantes viajes por carretera. Manuel decía entonces que sus reclamos se debían a que ninguno de ellos estaba entrenado en “el arte del vagabundaje”, un arte que Manuel Zapata Olivella comenzó a practicar cuando tenía 22 años, como atestiguan los relatos consignados en su libro *Pasión vagabunda*, un recorrido por lugares de Colombia, Panamá, Costa Rica, Honduras, Nicaragua y México. Luego viajó a Estados Unidos y ganó experiencias que luego recogió en el libro *He visto la noche*, del cual nos ocuparemos en un próximo artículo.

¿Qué motivó a Manuel Zapata Olivella al arte del vagabundaje?

Para la época, como él mismo lo afirmó, gozaba de “una vida regalada”. Había estudiado cinco años de Medicina en la Universidad Nacional,

y su familia, que vivía en Cartagena, le auguraba un futuro espléndido. Sin embargo, Zapata decidió hacer una pausa, pensar en un viaje sin ruta, caminar y caminar. Se convirtió en vagabundo. Eso fue en 1943.

Llamó a aquel momento “estado de desesperación”. Le contó a un profesor de la Facultad de Medicina que tres asuntos le producían ese estado: la literatura, el deseo de conocer la vida y el deseo de resolver los problemas económicos de la familia.

Eso se llama “afán de ser” le contestó el profesor.

Esos pensamientos lo llevaron a un letargo de cama, lugar que decía era su medio habitual en aquellos momentos. Allí se la pasó mucho tiempo. En *Pasión vagabunda* escribió: “Por primera vez en mi vida el sol me tomaba la delantera al despertar”. Era tal el letargo que abandonó la lectura y dijo: “Adiós, libros”.

En cuanto a la práctica de la medicina, aseguró que los enfermos le atraían más por su llaga social que por su enfermedad misma. Era un joven

1. Periodista y escritor. E-mail: david28lara@gmail.com



Mural del barrio Getsemaní en Cartagena. Fuente: Editorial Unimagdalena



que se interrogaba sobre sus deseos, por su “afán de ser”, como le respondió su profesor.

Zapata quería ser escritor. Estaba decepcionado porque enviaba sus textos a periódicos y revistas, pero no recibía respuestas. Quería ser novelista, era su ambición; tenía el apoyo de sus lecturas juveniles, obras y autores de finales del siglo XIX y comienzos del XX.

En el capítulo titulado *Libros*, Zapata (2000) escribió que la población de Liberia (Costa Rica): “... posee la más completa biblioteca de obras sobre materialismo que haya conocido...” (p. 145) y agrega: “Me recordaba la biblioteca paterna” (p. 145), que fue su guía durante sus años de escuela en Lorica, y luego en sus años en Cartagena.

En ese mismo capítulo de *Libros*, cuenta que en su peregrinar llegó a un campamento de obreros que construían la carretera Panamericana. Había música de guitarras. Los obreros, que cantaban sus experiencias, le pidieron que refiriera una historia de su país. A Zapata se le ocurrió narrar la vida del escritor Máximo Gorki, una historia que tenía fresca porque la había leído, horas antes, en la biblioteca de Liberia. Zapata relató que Gorki daba a su pobreza un aliento de revolución y es precisamente lo que su libro *Pasión vagabunda* muestra.

Además de Gorki, también estaba Istrati, un escritor y viajero rumano, que fue bautizado por la prensa francesa como “El Gorki de los Balcanes”. Estos escritores fueron modelos para Zapata, tanto en la forma de concebir la escritura, mezcla de lucha social con experiencias de viajes, como en su deseo inaplazable de hacerse vagabundo.

Zapata acoge entonces lo que llamó “el credo de Istrati”, el cual se resumía en tres postulados: viajar sin dinero, sin equipaje y hacer el recorrido a pie. Se pregunta entonces: ¿por qué razón me acojo a este credo? Escribe: “Como Istrati, yo no tenía dinero para viajar, como él, veía trascurrir

los años sin que mis trabajos literarios vieran la luz, y como él, sentí deseos de madurarme convertido en un caballero andante cual trafalmejo Quijote” (2000, p. 32).

La visión de viajero está clara en la clasificación que hace el ensayista alemán Walter Benjamin. Afirma Benjamin en su clásico ensayo “El narrador que existen dos representantes arcaicos de los narradores, el primero, llamado campesino sedentario, es aquel que conoce su territorio, sus proximidades y sabe todo sobre su lugar; el segundo es el marino mercante, aquel que viaja, conoce, se integra con la gente y luego cuenta sus travesías a otros, trae el relato de sus experiencias, como en *Pasión vagabunda*. Así, Gorki, Istrati y Zapata encajan en esta última clasificación.

Zapata se convierte en un vagabundo con aliento revolucionario, que manifestó en sus reflexiones juveniles lo que iba a hacer el resto de su vida: “Hermano, yo siento voces que me llaman de todos los caminos y que me esperan en todos los puertos”, escribió. Además: “Es mi evangelio: aprender la sabiduría de los ignorantes, y bien quisiera que fundaran en ella la verde esperanza de que yo puedo representar, la del viajero alejándose siempre un poco más de la mediocridad común” (Zapata, 2000, p. 29).

Además de la literatura, se empeñó en conocer la situación de sus hermanos afro, un propósito que fue afianzando al conocer de cerca la realidad de las comunidades del Pacífico. Camino a Cali, vio “a tres descendientes de esclavos” que llamaron su atención. Dos iban esposados, el otro era un policía que los custodiaba. Hay un diálogo entre uno de los delincuentes y Zapata Olivella. El nombre del reo era Valentín Camargo, quien luego de más de 15 horas de viaje, se dirige a Zapata y le dice que ha visto que no ha comido nada, que lo único que ha hecho es leer y verlos.

El joven Valentín Camargo le regala un pan a Zapata, y le dice:

—Tome hermano, usted necesita, y a mí me da de comer en abundancia el Gobierno.

—Gracias, hermano, ya veo que el Gobierno alimenta solo a los que roban —le respondió Zapata.

—Yo no he robado, amigo, ¡maté por venganza! —cerró el diálogo Valentín Camargo.

Zapata siguió entonces hacia Puerto Tejada, que definió como “el pueblo más típico de Colombia”. En ese lugar cuenta que se encontró con un amigo que participó con él en un “jubileo negrista” realizado en Bogotá para celebrar la llegada de Henry Wallace a la vicepresidencia de los Estados Unidos en 1941. Wallace estaba a favor de mantener relaciones cordiales con la Unión Soviética, pero lo que animaba a Zapata era que Wallace se oponía a la segregación racial que imperaba en aquel entonces.

Sobre aquel jubileo negrista, Zapata (2000) escribió: “Ese día desaparecieron mis complejos raciales y tuve conciencia de mis deberes para redimir a los negros aún vejados con una profunda discriminación económica, no solo en mi país, sino en el mundo” (p. 52) Y agregó: “...amé la tradición africana como si de repente, en mitad del camino, se hubieran borrado cinco siglos de historia que dieron a la sangre nuevos bríos y nuevos gritos” (p. 52).

Al llegar a la población de Istmina, en su viaje por la selva del Chocó con la idea de llegar por allí a Panamá, el asombro trascendente y poético se vierte en unas cuantas líneas: “La naturaleza bravía, mostrando sus colmillos de barro, sus ojos de clorofila, sus cabelleras de lluvias sin fin y su cuerpo moreno, invisible, pero presente en cada paso”. (p. 62).

La mirada de Zapata jamás es inocente. Es la mirada de un viajero crítico que al conocer de cerca las problemáticas de su país encuentra en un pueblo como Istmina ejemplos concretos que denuncia al instante. Al recorrer el estrecho istmo

entre las cabeceras del río San Juan y Atrato, Zapata (2000) advierte:

Esta zona del Chocó ha sido la más traficada desde los tiempos de la conquista española. Hoy puede verse en ella lo característico de la región: por un lado, las grandes compañías mineras norteamericanas, dragando los ríos y afluentes en busca de los metales preciosos que abundan en su cieno y por otro lado la explotación, la esclavitud y el hambre de los mineros que no alcanzan a cubrir con el mezquino salario el pago de su manutención ni las medicinas para curarse de los males endémicos. (p. 62)

Un buen homenaje para el maestro Manuel Zapata Olivella sería recorrer los pasos que este vagabundo hizo en 1943, y ver de cerca si la realidad de sus hermanos, nuestros hermanos, ha cambiado. En su recorrido por Istmina, escribe un párrafo que parece ser un referente actual. Zapata escribe (2000):

Aquí como en ninguna otra parte de Colombia, los hombres sufren de deformaciones en los huesos, los dolores lacerantes, las úlceras o pianomas abiertos que a la vez que hacen sufrir son foco de contagio. Por otra parte, los parásitos, el paludismo y el reumatismo que adquieren a la orilla de los ríos, sacando el oro y el platino en batehuela, complementan el cuadro ignominioso de su esclavitud. Viven nadando en oro, pero este no le sirve ni para alimentarse, manteniéndose de plátanos y queso en una región donde la carne es un lujo.

En Istmina Manuel Zapata Olivella aceptó la designación de director encargado del Hospital Eduardo Santos, cuando el doctor Abel Ballesteras le pidió que lo reemplazara unos días mientras hacía unas diligencias en Quibdó.

En ese encuentro Zapata reiteró sus deseos: “[ante este] hombre me fue fácil confesarme. Le hablé de mis ambiciones literarias, de mi desaliento en la patria, de la fiebre de vagabundaje” (Zapata, 2000, p. 64).

Zapata fue un joven de 22 años que cargó en todo el viaje una explosión interna relacionada con sus ideales políticos pero especialmente con sus propósitos literarios, es decir, con su empeño de hacerse escritor para contar las desdichas humanas de ese viaje, que fue la forma más práctica de acumular experiencias, voces y relatos para todos sus futuros libros.

Zapata Olivella intentó cruzar hacia Panamá por la selva del Darién, algo que le resultó imposible, por lo cual decidió tomar el Atrato hacia el mar Caribe y regresó a Cartagena en diciembre de 1943. Es aquí la primera vez que anuncia una fecha en lo que va del relato. Así escribió Zapata (2000) sobre volver a su casa:

Una noche entramos a Cartagena. La ciudad dormía displicente, con esa evocación de epopeyas grandiosas de las cuales le queda el recuerdo en sus murallas. Una honda inquietud me atormentaba. Allí detrás de los muros, el hogar paterno me esperaba para que rindiera cuentas de mi vagabundaje. (p. 9)

Cuando emprendió de nuevo el viaje hacia Panamá, lo hizo por un camino insólito: fue hasta Isla Fuerte en el Caribe y luego hasta el puerto de Obaldía en Panamá. Entró con un pasaporte sin visa, la cual era requerida por la nueva autoridad de Estados Unidos sobre el canal de Panamá; aseguró sentirse entonces como todo un Jack London cumpliendo con una gran misión y aventura.

Su paso por Centroamérica fue generoso en aventuras, discursos sobre la política que imperaba en países como Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Guatemala y finalmente México. En su recorrido tuvo diversos empleos, como cortador de banano en Costa Rica y embolador en Guatemala, donde tomó el apodo de “Kid Chambacú” y fue derrotado por Juan Quiñones, un pegador indígena de músculos grandes, según la descripción de Zapata. La bolsa fue de 17 quetzales, que Zapata usó en su intento por cruzar a México de forma legal. A pesar de que el 14

de abril obtuvo su permiso para ingresar al país azteca, iba a ser devuelto por reconocer que no tenía un solo peso en sus bolsillos. Tal rechazo le produjo una reflexión en la que concluyó lo siguiente sobre el vacío significado de la palabra *panamericanismo*: “¿Para qué tantas palabras de fraternidad si los países están amurallados y los americanos no eran dignos de cruzar de un lado a otro del continente si no tenías cincuenta dólares en el bolsillo”? (Zapata, 2000, p. 185).

En todo caso, y sin sus documentos en regla, Zapata logró entrar a México por Tapachula y siguió a Ciudad de México, una urbe que lo deslumbró y estremeció tanto en su calidad de médico como de escritor.

Entró a trabajar en un hospital bajo el amparo del doctor Ortiz Tirado. Consiguió un oficio acorde con lo cinco años de medicina que había cursado, un lugar acogedor para dormir y una paga digna. Entonces, la estabilidad de la rutina laboral lo perturbó. Al respecto escribe Zapata (2000):

Pero las erupciones de la literatura y el vagabundaje insatisfecho devastaban mi serenidad de espíritu. Viejas ideas reaparecieron en la conciencia, impulsos no contenidos, desazón por conocer aspectos de la vida que no había conocido o que había olvidado. Reapareció la autocrítica implacable. (p. 212)

Eso era Zapata Olivella: un autocrítico cuando otros caminos lo alejaban de su deseo de hacerse escritor. Entonces volvió a revisar los borradores de esa novela cuyo manuscrito ha sido un referente en otros apartes de *Pasión vagabunda*.

La literatura para ese joven Zapata Olivella era un llamado, una vocación, y la estabilidad con la que vivía en aquel momento hacían que todos sus ánimos se volvieran hacia la idea de convertirse en autor. Volvió sus ojos hacia el periodismo como la actividad más cercana al arte de un narrador cuyas aspiraciones literarias estaban más

allá de cubrir un acontecimiento diario en una sala de redacción. Abandonó el hospital y comenzó a hacer ejercicios literarios: “Acaricié la idea de visitar redacciones de periódicos y revistas, dispuse de un verdadero surtido de colaboraciones” (Zapata, 2000, p. 215).

En esa empresa trabajó al lado del fotógrafo Leo Matiz, nacido en Aracataca, como su asistente en la revista *Así*. Escribió artículos de una variedad de temáticas en la revista *Tiempo*, que era dirigida por Martín Luis Guzmán, novelista que se había consagrado con la obra *El águila y la serpiente*, sobre sus experiencias durante la Revolución Mexicana. Martín Guzmán reconoce las habilidades de Zapata Olivella y le pide que escriba la sección de América Latina. Al mes Zapata Olivella fue nombrado director de esa sección. Martín Guzmán exaltó siempre los textos del joven escritor, aunque siempre le insistió en la concreción y la síntesis.

Un día Martín Guzmán le pidió a Zapata Olivella que redujera un texto de ocho cuartillas a menos de la mitad. Zapata entonces alegó que no se podía reducir más. “Martín Guzmán se sonrió y me invitó a sentarme a su lado. Tomó un lápiz y comenzó a tachar adjetivos, a borrar frases enteras y a eliminar todas las conjunciones y preposiciones innecesarias” (Zapata, 2000, p. 223).

Luego vienen unas certeras recomendaciones en la voz de Martín Guzmán:

Mire —me decía— este calificativo sobra. Usted adjetiva a diestra y siniestra y esto no se amolda al estilo nuestro. Tampoco es necesario repetir el nombre completo de un personaje que se ha citado, bastan las iniciales. No encabece frases con

“pero”, “así es”, “por tanto”, porque el lector deduce las conclusiones sin su ayuda. Pruebe de nuevo y verá. (Zapata, 2000, p. 223)

La vida del periodista que se rige por criterios editoriales y manuales de estilo no encajó en la vida de Zapata Olivella, y a pesar de que reconoce que esa fue su primera lección de periodismo, a los tres meses concluyó que los parámetros de escritura de la revista *Tiempo*, bajo la dirección de Martín Guzmán, “empobrecían la imaginación para la novela y el relato”.

En esa alma de vagabundo que Zapata Olivella comenzó a desarrollar en sus viajes por Colombia y Centroamérica habitaba un ser inconforme, atribulado por sus propias dudas y por la obsesión de hacerse novelista. Su estilo libre no compaginaba con las lecciones de periodismo que había recibido de su maestro Martín Guzmán, quien le dijo siempre que el arte de escribir se trataba de descartar adjetivos y metáforas superfluas que le restaban fuerza al relato. Zapata Olivella, ante las palabras de Martín Guzmán, decidió mantenerse en su punto de vista y renunció a la revista *Tiempo*.

“Musarañas de la juventud” fue la frase usada por Martín Guzmán para referirse a los dilemas estéticos del joven Zapata Olivella, quien ante la imposibilidad de desarrollar algún nuevo estilo decidió seguir su camino de vagabundo creativo ahora hacia Estados Unidos, en busca de nuevas experiencias, que fue el estado permanente en el que Manuel Zapata Olivella vivió hasta el final de sus días.

Referencias

Zapata Olivella, M. (2000). *Pasión vagabunda*. Ministerio de Cultura de Colombia. ■■■